



Yukio Mishima  
Pérez

## El discurso que crea sentido

RODRIGO PÉREZ  
Director y actor



Resulta imposible separar esta creación de un proceso de búsqueda ininterrumpido que, de algún modo (ya sea formal o de contenido; en el entendido que la forma es contenido), va concatenando una creación con la siguiente.

Así, el análisis subjetivo que hacemos de la realidad contingente nos señala la vacuidad del discurso oficial en el plano social, cultural y político. Lo que se dice no es o, peor aún, lo que es no se dice. De este modo, en el proceso de puesta en escena intentamos hoy recuperar el discurso para este espacio privilegiado que es la escena. Así, recurrimos al texto como punto de partida en el trabajo de dirección. Intentamos que el texto (que parte siendo literatura) se convierta en discurso provocador de sentido en tanto sobre la escena se ubica dentro de una estructura y un contexto.

Así, en la puesta en escena de **Madame de Sade** aparece el texto como el soporte de los demás signos escénicos y dichos signos son seleccionados para tensionar, subrayar, contradecir o bien distanciar, aislando el discurso.

En definitiva, existe el intento de que la acción ocurra fundamentalmente en las palabras; el discurso como lugar de encuentro, desencuentro, como campo de batalla, como espacio privilegiado para la traición.

De este modo, el espacio escénico creado por Pablo Núñez y la iluminación de Andrés Poirot intentaron convertirse en un soporte para la palabra; que permitiera escuchar su estructura (que no es más que el silencio desde donde emerge y se detiene la palabra)

y que tensionara su contenido tanto narrativo como ideológico.

El texto de Yukio Mishima nos permitió la investigación de ciertos aspectos dramáticos resultantes de la confluencia de elementos provenientes de la tradición japonesa (con una codificación del lenguaje teatral muy definida) y de la tradición occidental (una

*(continúa en página 53)*

**Madame de Sade** fue estrenada en la Sala Agustín Siré de la Universidad de Chile, Santiago, en septiembre de 1998.

### Ficha Técnica

Autor : Yukio Mishima  
 Dirección : Rodrigo Pérez  
 Asistente de Dirección : Marco Espinoza  
 Claudio González  
 Iluminación : Andrés Poirot  
 Escenografía y Vestuario : Pablo Núñez  
 Música : Miguel Miranda  
 Dramaturgista : Milena Grass  
 Adaptación del texto : Milena Grass  
 Rodrigo Pérez  
 Fotografía : Luis Poirot  
 Diseño afiche y programa : Osvaldo Aguiló  
 Postproducción digital : Esteban Araya

### Reparto

Renée, madame de Sade : Claudia di Girólamo  
 Madame de Montreuil : Gabriela Hernández  
 Anne : Amparo Noguera  
 Baronesa de Simiane : Delfina Guzmán  
 Condesa de Saint-Fond : Claudia Celedón  
 Charlotte : Tamara Acosta

(viene de página 50)

montaje, fueron guías. Las escuchamos hablar sobre la obra, sobre ese tiempo, las vimos moverse entregando su visión sobre los personajes.

Y esa literatura, esos personajes, en una época. Un tiempo en la historia. Un tiempo de revoluciones, de cambios, de ajustes, de extremos, un tiempo universal, un tiempo pasado, lleno de misterios que jamás se dilucidarán, pero asimismo lleno de claridades falsas y verdaderas. Luego, es posible estudiarlas.

Y dentro de ellas, un teatro, un estilo, un modo, un código. El barroco francés, el barroco europeo. Las danzas barrocas: Sara Vial. La precisión de toda danza junto a movimientos desconocidos para nosotros es una renovación de nuestra atención, de nuestro cuidado. Ella, Sara, es la gran guía dentro de nuestra aproximación a la mujer en el barroco, en ese tiempo.

Un viaje. Un comienzo, un fin. Leyendo a Mishima descubro algunas claves de lo que él quiso investi-

gar. En su creación. Asimilarlo lo más posible, como siempre, a lo que el autor quiso hacer.

Conectar mi *querer hacer* con aquello. Sentir. Palpar, tocar su Alma, todas las almas, todas las esencias. El disfrute de sentir.

Ricardo Oyarzún creó los trajes. Inspirándose en *antiguos modelos del pasado*, con ojos del hoy aportó nuevos significados a ese desborde vestimentario de los privilegiados de la época. Las telas, las texturas, el roce de ellas en la piel de los actores, sentir y las sensaciones de ellos ante el contacto.

El disfrute de tocar.

Carlos Franco llegó con las descomunales pelucas que evocaban las desmesuradas pelucas de aquella época. El equilibrio y el desequilibrio de llevarlas.

Vito maquilla a los actores. Maquilla a los actores que representan a mujeres que se maquillan

(continúa en página 54)

**Madame de Sade, Yukio Mishima. Dirección: Andrés Pérez, 1998.**

**En la foto: Ramón González (Madame de Simiane), Iván Alvarez de Araya (Charlotte), Manuel Peña (Madame de Montreuil) y Ramón Llao (Madame De Saint Fond).**





*Madame de Sade*, Yukio Mishima. Dirección: Rodrigo Pérez, 1998.  
En la foto: Claudia di Girólamo y Gabriela Hernández.

(viene de página 51)

estructura que remite a los clásicos franceses).

Continuando con la investigación comenzada hace ya algunos años, este texto nos permitió seguir explorando ciertos elementos del lenguaje dramático que se encuentran particularmente tensionados por esta dualidad y que plantean problemas al llevarlos a escena ante un público occidental, tanto en términos del manejo del tiempo como de la estética que le da origen.

La investigación en términos de escenografía, iluminación, vestuario y música (Miguel Miranda), recogió esto último y no tuvo por objetivo crear una ficción de época en la mente del espectador, sino darle ciertos elementos que remitan a los antecedentes históricos de la obra, de su autor, al tiempo que apoyar la búsqueda actoral por parte de las actrices.

Pensamos que la obra **Madame de Sade** también plantea una postura ante la historia y el papel que

debe asumir el teatro en nuestros tiempos.

Yukio Mishima es una de las figuras más emblemáticas de la literatura contemporánea, tanto por la calidad de su obra como por la radicalidad de su postura, donde una profunda preocupación por las circunstancias políticas de su país quedaba estrechamente interrelacionada con la búsqueda artística.

Para reflexionar sobre este compromiso vida/creación artística, Mishima recupera un personaje histórico tan controvertido como él mismo: el Marqués de Sade, quien realizó en su época un cruce similar, llevando a un punto de tensión máximo la relación entre la libertad en la creación y la libertad individual.

El encuentro de estas dos figuras fundamentales en el pensamiento contemporáneo no sólo pone en juego al artista frente a la vida, sino también articula dos momentos culturales. La revolución francesa con

(continúa en página 54)



**Madame de Sade, Yukio Mishima. Dirección: Andrés Pérez, 1998.**

**En las fotos: Manuel Peña (Madame de Montreuil) y Claudio Rodríguez (Madame de Sade).**

(viene de página 52)

de mujeres. Los olores de las mujeres y sus *instrumentos para lucir*.

El disfrute de oler

Y todo el trabajo que hacemos es para hablar del Divino Marqués. Aquel que...

Ya sabemos o no sabemos. Más bien no sabemos. En la cuidada ignorancia en la que tratan de

mantenernos en este territorio, ésa es una de las poderosas razones añadidas al gusto estético de zambullirse en el mundo de Mishima.

Un gusto ético por el saber. Y desde ahí la libertad.

El disfrute del gusto.

Por escuchar, mirar, tocar, oler, gustar de todo ello es que nos embriagamos con Mishima y Sade. ■

(viene de página 53)

sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad, hito máximo en la historia occidental, se encuentra con un Japón modernizado y occidentalizado al máximo, donde el régimen del Emperador (equivalente al Rey Sol francés) ha sido devastado por la bomba atómica, producto de la lógica heredada de esos mismos valores revolucionarios. Esta aparente síntesis de cultura occidental del siglo XVIII y oriente del siglo XX, aparece cuestionada desde su base por el hecho de que Mishi-

ma proponía revertir el proceso revolucionario reinstalando la tradición y al monarca absoluto.

A nivel de la creación artística, esta situación histórica queda traspuesta por el hecho de que el dramaturgo adopta un formato dramático occidental, renegando del teatro tradicional japonés. Luego, habiendo asimilado la forma occidental, critica en lo más profundo su contenido. La obra actúa así como espejo: vemos a través de la mirada del extranjero el epitome de nuestra historia y esto devela sus grietas. Y allí

cobran mayor fuerza los problemas que surgen ante el cambio de siglo: la sensación de fin de época (como también parecía un fin de la historia la revolución francesa y la situación de Japón de la postguerra), de sociedad en crisis. ¿Cuál es el papel de la justicia?, ¿el de la religión? ¿Qué límites debe tener el placer individual frente a las normas sociales?, etc.

Para el trabajo de la puesta en escena de este texto pensamos que estas interrogantes universales han cobrado renovada fuerza a dos años de concluir el milenio y el sentido de este proyecto tuvo que ver con el hecho de darles respuesta en ese momento y en este país, estableciendo un diálogo e interpelando a nuestra propia historia y nuestras propias necesidades.

Por otra parte, además de cuestionar la modernidad y la historia, Mishima plantea una pregunta: ¿qué tiene mayor verdad ontológica: la obra de arte o la vida misma? Esto cuestiona tanto el papel de la creación

*Madame de Sade*, Yukio Mishima.  
Dirección: Rodrigo Pérez, 1998. En la foto:  
Amparo Noguera y Gabriela Hernández.



artística en general, como del teatro en particular, dando pie a la investigación escénica a que nos referíamos, al volver a poner en el tapete la cuestión del extrañamiento en el tratamiento teatral. El espejo que con esta obra Mishima nos pone delante destaca el problema de la representación de la realidad en el escenario. Esto permite una reflexión sobre el quehacer teatral, donde la actuación se transforma además en un comentario y en una interrogación al texto sobre lo que significa el fenómeno mismo de la actuación. Esta situación general respecto del teatro, aparece también en el tratamiento de personajes como representantes de categorías sociales.

La obra gira en torno a la espera de Madame de Sade por su marido, el Marqués; la espera de que sea liberado de la prisión mientras su madre hace todo lo posible porque el marido de su hija permanezca cautivo. Cuando finalmente es liberado tras varios años, Madame de Sade se niega a recibirlo y se aleja de él, sin que se revele el misterio que la lleva a tomar esa decisión tras años de espera y amor incondicional.

Esta anécdota, basada en el hecho real de la relación del Marqués de Sade con su mujer, nos sirvió de pretexto para enfrentar a este grupo de excelentes actrices al desafío de instalar mayoritariamente la acción en el discurso de la obra, con toda su complejidad ideológica, humana y hasta metafísica, y obligó a las actrices a utilizar su emotividad para tensionar y subrayar dicho discurso.

Se intentó poner en escena este mundo femenino con todos sus pliegues sobre un espacio abstracto que, de algún modo, actuara como contenedor de la palabra gracias a la creación y recreación del silencio como continente.

Así mismo, la presencia permanente de las actrices sobre el escenario remite a aquel testigo necesario para que nuestras historias no sean olvidadas, pero ahondar en estas explicaciones sonaría a justificar lo que debiera justificarse por sí mismo.

Además de todo lo anteriormente expuesto, en el montaje de **Madame de Sade** está presente, en silencio, la dedicatoria. ■